

miembros ó socios, á las sociedades y á las instituciones católicas, y á cuantos ofrezcan una garantía moral y material.

c) Contribuir al desarrollo de las obras católicas.

La Archicofradía de la Obra catequística en París—Bajo la presidencia del señor Arzobispo de la diócesis tuvo lugar la semana pasada la Junta general de esta Archicofradía en la iglesia de la Santísima Trinidad, cuyas naves llenaban por completo las señoras catequistas.

De 28,700 catequistas voluntarias que difunden en toda Francia la instrucción religiosa á 140,000 niños de ambos sexos, la diócesis de París ocupa el primer lugar con 3,483 catequistas que se dedican á la enseñanza del catecismo á 34,700 niños.

Estadística católica en los Estados Unidos—En la actualidad hay en la República Norteamericana 16,093 sacerdotes, de los que 11,885 son seculares y 4,208 regulares.

El número de católicos asciende á 14,235,451, ó sea un aumento de 360,000 sobre la cifra del año anterior, y si se añade á la citada cantidad el número de católicos dispersos en las posesiones no continentales, la totalidad de católicos se eleva á 22,474,440.

El 6 de Abril de 1789 fue cuando Pío VI nombró el primer Obispo de los Estados Unidos, cuyos sucesores son en la actualidad más de ciento.

La administración de cultos en Francia—A pesar de la separación de la Iglesia y del Estado en Francia, existe allí el presupuesto de cultos, que asciende á la suma de 507,775 francos.

El empleo de dicha cantidad es el siguiente:

Al personal de la oficina de cultos, 164,775 francos; material de dichas oficinas, 23,000; socorros y gastos varios, 10,000; socorros á los antiguos ministros de los diversos cultos y á sus familias, 310,000; total: 507,775. Así, pues, para repartir 310,000 francos de socorros paga el Estado 165,000 entre personal y material.

Así se explica que el presupuesto francés esté en déficit y ascienda á más de cuatro mil millones de francos.

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTA

Año V—Vol. V { Octubre 1.º de 1910 } Núm. 18

DECRETO

Nos Bernardo Herrera Restrepo

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica,
Arzobispo de Bogotá, Primado de Colombia, etc. etc.

CONSIDERANDO :

1.º Que en esta ciudad se editan dos hojas periódicas denominadas *Ravachol* y *Chantecler*, las cuales están llenas de insultos los más soeces contra la Religión Católica y contra sus Ministros, llegando el primero hasta poner en ridículo la persona adorable de Nuestro Señor Jesucristo.

2.º Que si bien por su contenido y por su estilo, las mencionadas publicaciones no merecen sino el desprecio de las personas sensatas, todavía pueden ser y son causa de gravísimo escándalo para las gentes sencillas é ignorantes.

3.º Que no obstante el haber levantado nuestra voz en repetidas ocasiones contra los

abusos de la Prensa, siguen circulando dichos papeles, de carácter no sólo antirreligioso, sino también subversivo del orden social.

DECRETAMOS:

Prohíbese bajo pena de EXCOMUNION MAYOR la lectura de los periódicos *Ravachol* y *Chantecler*.

En dicha excomunión incurren asimismo los Redactores y Directores de los referidos periódicos, los impresores y vendedores de ellos, y todos los que de cualquiera manera les presten favor ó ayuda, ó contribuyan á sostenerlos ó propagarlos.

El presente Decreto será leído en todas las iglesias y capillas del Arzobispado, en tres días festivos, durante la misa parroquial ó principal.

Dado en Bogotá, á veinte de Septiembre de mil novecientos diez.

✠ BERNARDO

Arzobispo de Bogotá.

CARLOS CORTÉS LEE, Secretario.

CIRCULAR

Arquidiócesis de Bogotá—Bogotá, 24 de Septiembre de 1910

Señor Cura.

El Excelentísimo y Reverendísimo Señor Delegado Apostólico en Colombia, por medio de la nota que se leerá á continuación, ha dado una nueva prueba del afectuoso interés con que mira cuanto se refiere al adelanto moral y material de esta nuestra Nación, al alivio de las clases trabajadoras, de los huérfanos y desvalidos. Es deber nuestro dar público testimonio de nuestra gratitud hacia el muy ilustre Prelado que ha interpretado con grandísimo acierto y con singular generosidad la voluntad de nuestro amadísimo Padre el Sumo Pontífice Pío x. El llamamiento que hace á todos para cooperar á la construcción de un nuevo Hospital en la capital de la República, merece ciertamente que la Iglesia y el Clero le presten atención y decidido interés.

“Los muy distinguidos miembros del Cuerpo Médico, decíamos en el año de 1903, concibieron aquel hermoso proyecto. A ellos ha de tocar la principal tarea, no menos que la gloria de su realización; intentan hacer el bien á los pobres y á los desamparados, y po-

ner al servicio de éstos los conocimientos que ellos han atesorado en largos años de estudio, y de práctica en el arte de curar. Quieren ellos preparar el campo en donde puedan ejercer un sacerdocio que su profesión les confiere, y emplear en beneficio de los enfermos los recursos que suministran los adelantos de la edad moderna, para curación de las enfermedades y para conservación de la salud, ora por medio de la Medicina, ora con el auxilio de la Cirugía.

“Miras tan generosas y caritativas, es imposible que no encuentren aplauso y apoyo en todas las clases de nuestra sociedad, y muy particularmente entre las personas acomodadas, á quienes Dios ha hecho, más que dueños, tesoreros de los bienes que Él liberalmente les concede para provecho propio y ajeno. Por tal motivo los Médicos y Cirujanos, dispuestos por su parte á contribuir con su tiempo, con sus conocimientos y con su práctica al alivio de los pobres enfermos, tienen derecho á esperar que los demás cooperen con los recursos materiales que son indispensables para la realización del hermosísimo proyecto de fundar nuevo Hospital. Ya, añadíamos entonces, ha dado muy generoso ejemplo el digno caballero que cedió gratuitamente el terre-

no en donde habrá de construirse el edificio. Confío en que para llevar á feliz término toda la obra no habrán de faltar donativos, una vez que habrá una Junta encargada de coleccionar fondos, de atraer simpatías á la obra acometida, y de darle impulso perseverante hasta el fin.

“El dolor y el sufrimiento que tanto mueven á compasión á los corazones bien nacidos, son por otra parte lo que más acerca las almas á Dios, lo que las convierte y las mejora. Por eso la Religión, que dio origen y da vida á toda obra de beneficencia, tiene puesto señalado en un Hospital. Así, al ofrecer el más decidido apoyo de parte de la Iglesia á esa empresa benéfica, yo tengo la seguridad completa de que ni sus promotores, ni los que han de sucederles en lo futuro, dejarán de consignar en los estatutos y de mantener en la práctica, la libertad de acción religiosa sobre aquellos que en un país católico como el nuestro, deben hallar junto con el remedio que cura ó que alivia las dolencias del cuerpo, esa otra medicina muy más preciosa, que despierta el alma alestargada por el vicio y le devuelve la salud perdida por el error y por el pecado; de suerte que la sociedad torne á contar no con miembros que lleven por doquiera el contagio de

malas pasiones y de perversos ejemplos, sino saludables y prácticas enseñanzas de lo que una enmienda verdadera produce, y de lo que puede el arrepentimiento sólidamente cimentado en la fe en Dios y en las esperanzas cristianas." (1)

Los conceptos que dejamos transcritos recibirán, no lo dudamos, eficacísimo apoyo con las autorizadas palabras del muy digno Representante en Colombia del Padre común de los fieles. Por lo cual, esperamos fundadamente que usted tomará empeño en coleccionar fondos para ayudar á la construcción del nuevo Hospital en la capital de la República. En consecuencia, disponemos:

1.º Créase una Comisión compuesta de los señores Párrocos de nuestra ciudad Arzobispal, para que haga colectas y recoja suscripciones en favor del nuevo Hospital.

2.º Los fondos que se coleccionen se remitirán á nuestro Despacho.

3.º La presente circular y el documento que la acompaña serán leídos en todas las iglesias del Arzobispado.

Dios guarde á usted.

✠ BERNARDO
Arzobispo de Bogotá

(1) A la Junta de caballeros -21 de Junio de 1903.

Delegación Apostólica en Colombia—Bogotá, 8 de Septiembre de 1910

Señor:

El Delegado Apostólico en cualquiera nación está investido de doble carácter: de representante diplomático de la Santa Sede ante los Gobiernos, y de cooperador de ella en el estudio y remedio de las necesidades espirituales y sociales de los pueblos, promoviendo con discreto consejo, amigable amonestación y justos aplausos, todo linaje de adelanto.

Desea el Pontífice Romano que el elegido para cargo tan honroso tenga principalmente en mira á las clases obreras, á los indigentes y á los niños desvalidos, ya que tales agrupaciones, despreciadas del mundo, constituyen la porción más amada de Nuestro Señor Jesucristo, entre las ovejas de su dilatado rebaño.

El constante cumplimiento de los generosos deseos del Padre común de los fieles no me ha costado sacrificio alguno, por el amor que profeso á Colombia, por las egregias dotes de sus hijos, y por las pruebas de benevolencia que he recibido de todas las clases sociales, sin distinción ninguna de partido.

No puedo por tanto mostrarme indiferente ante una de las más apremiantes necesidades: la que atañe al alivio de los enfermos

pobres, á la higiene, al buen nombre de Bogotá y de la Nación entera.

El Hospital de San Juan de Dios, fundado hace dos siglos, en sus comienzos tenía capacidad suficiente para los enfermos de una población de 20 á 30,000 almas, y gozaba de cuantas ventajas conocía la incipiente higiene de aquellas edades. Hoy el mismo establecimiento tiene que servir á una capital de más de 100,000 habitantes, y á los pueblos de los alrededores que traen á él sus enfermos, y sin embargo se encuentra casi como en el siglo XVII. ¡ Cosa extraña después de los maravillosos descubrimientos científicos de los actuales tiempos!

Por ocupar él una de las manzanas centrales de la ciudad, y por contener en sí los anfiteatros anatómicos, es un foco permanente de infección. En las enfermerías, mal pavimentadas con ladrillos porosos, bajas de techos, con puertas y ventanas angostas, sin cielos rasos, están hacinadas las camas, y en los reducidos espacios que las separan yacen tendidos sobre el suelo otros enfermos, sin poder evitar los peligros de contagios; las camas de madera sin barniz no pueden desinfectarse; las salas carecen de ventiladores; el agua es deficiente. Las operaciones quirúrgicas se verifican en locales que no permiten

asepsia rigurosa, y los pacientes convalecen en medio absolutamente inadecuado. Omito pormenores acerca de otros importantes servicios.

Notorios son los esfuerzos inteligentes y cristianos de los empleados facultativos para mejorar la situación y los heroicos sacrificios de las hermanas de la caridad; pero sabemos que el mal tiene más hondas raíces y no se cura con paliativos sino con remedios radicales.

Urgente es, por tanto, la fundación de un nuevo hospital que por su localidad, condiciones arquitectónicas, fuentes, tránsitos, pórticos y jardines, satisfaga á todos los requisitos del arte y de la ciencia. Mas para ello ¿bastará la acción oficial? El Municipio, la Gobernación de Cundinamarca, el Gobierno Nacional darán sin duda el apoyo que les permitan las leyes y sus recursos pecuniarios; pero estos auxilios serán insuficientes: la tarea redentora corresponde á toda la sociedad.

En nombre de Dios, de nuestros hermanos desgraciados, de la Patria colombiana, hago un llamamiento á todas las almas generosas, á todos los amantes de la humanidad, á todos los patriotas, en favor de esta obra de caridad y civilización.

Tócame á mí la satisfacción de dar una voz de estímulo y aliento; á los colombianos corresponde organizar las suscripciones y llevar á cabo la empresa, contando en todo caso con la simpatía, el apoyo y el concurso de la Delegación Apostólica.

En la esperanza de ver pronto á centenares de obreros amorosamente empeñados en levantar un hospital digno de esta ciudad y de toda la República, con sentimientos de particular aprecio y cariño quedo

De usted afectísimo,

M. RAGONESI

ENCICLICA

(Edita scpe)

A los Venerables Hermanos Patriarcas, Primados, Arzobispos,
Obispos y demás Ordinarios que están en paz y comunión
con la Sede Apostólica

PIO X, PAPA

Venerables Hermanos, salud y bendición apostólica.

Aquella sentencia divina, frecuentemente repetida en las Sagradas Escrituras con estas palabras: la memoria de los justos será siempre celebrada, el justo habla todavía aun estando muerto (1), hállese confirmada de modo especial con las enseñanzas y constantes obras de la Iglesia. Como madre y nutricia de la santidad, rejuvenecida siempre y fecundada por el soplo del *Espíritu Santo* que

(1) Salm. cxl, 7.—Prov. x, 7.—Hebr. xl, 4.

habita en nosotros (1), la Iglesia es la única que engendra, nutre y lleva en su seno la nobilísima estirpe de los justos, y la que pone mayor empeño, como por exigirlo así el instinto de su amor materno, en conservar la memoria de éstos y en hacerlos dignos de encendido amor. Y es que con el recuerdo de los justos recibe la Iglesia cierto consuelo divino, aparta la mirada de las miserias de esta mortal peregrinación y ve en los Santos su alegría y su corona, reconoce en ellos la imagen sublime de su celestial Esposo é inculca más ahincadamente en sus hijos la verdad de estas palabras: *todas las cosas contribuyen al bien de los que aman á Dios, de aquellos, digo, que Él ha llamado según su decreto para ser Santos* (2). Las esclarecidas obras de los Santos no sólo sirven de meditación consoladora sino de incentivo para imitarlos; y estimula poderosamente á la virtud el acuerdo unánime con que ellos responden á la voz de San Pablo: *Os ruego que seáis imitadores míos, así como yo lo soy de Cristo*. (3)

Por estas razones, Venerables Hermanos, apenas recibimos el Supremo Pontificado, manifestamos el propósito de poner á contribución nuestros esfuerzos para que «fueran restauradas en Cristo todas las cosas» y nuestra primera Encíclica (4) se enderezaba á procurar diligentemente que todos pusieramos la mirada en *Jesús, apóstol y pontífice de nuestra profesión ó religión santa... autor y consumador de la fe* (5). Mas, como somos de tal manera débiles que con facilidad desmayamos á vista de tan perfecto modelo, con el favor divino os propusimos otro ejemplar que se asemeja á Cristo cuanto esto es posible

(1) Rom. viii, 11.

(2) Rom. viii, 28.

(3) I Corint., iv, 16.

(4) Encicl. *E Supremi*.

(5) Hebr. iii, 1—xii, 2.

á la naturaleza humana, y que se compadece mejor con nuestra miseria, á saber: la Beatísima Virgen, Augusta Madre de Dios (1). Aprovechando, en fin, las ocasiones propicias de mantener viva la memoria de los Santos, ofrecimos á la común admiración la vida de estos fieles siervos que son también dispensadores en la casa del Señor, y que respondiendo á su propia y personal vocación, hiciéronse amigos y domésticos de Él, ya que *por la fe conquistaron reinos, obraron la justicia, alcanzaron las promesas* (2), estimulándonos así para que *no nos dejemos llevar aquí y allá de todos los vientos de opiniones humanas, por la malignidad de los hombres, que engañan con astucia para introducir el error; sino que siguiendo la verdad del Evangelio con caridad, en todo vayamos creciendo en Cristo, que es nuestra cabeza.* (3)

Ya demostrámos que este altísimo consejo de la divina Providencia se cumplió de modo especial en tres varones que brillaron como insignes pastores y doctores en épocas diversas, aunque igualmente calamitosas para la Iglesia, y fueron Gregorio el Grande, Juan Crisóstomo y Anselmo de Aosta, santos cuyos solemnes centenarios hemos celebrado en estos últimos años. En las Encíclicas que dimos el 12 de Marzo de 1904 y el 21 de Abril de 1909, expusimos más detenidamente los puntos de doctrina y los preceptos de la vida cristiana más oportunos para nuestro tiempo, y que se desprenden de los ejemplos y enseñanzas de los Santos.

Y porque estamos persuadido de que para mover á los hombres valen incomparablemente más los ilustres ejemplos de los soldados de Cristo que no las palabras y

(1) Encicl. *Ad diem illum*.

(2) Hebr. xi, 33.

(3) Ef. iv, 14 y sig.

exquisitos discursos (1), aprovechamos de buen grado la oportunidad que felizmente se nos ofrece para recomendar las saludabilísimas enseñanzas de otro santísimo Pastor, suscitado por Dios en época no lejana de la nuestra y casi tan agitada como la presente, el Arzobispo de Milán, Cardenal de la Santa Iglesia Romana, inscrito hace trescientos años por Paulo V, de santa memoria, en el catálogo de los Santos, ó sea San Carlos Borromeo. Con no menor razón repetimos hoy estas palabras de nuestro citado Predecesor: «El Señor, único que obra grandes maravillas, nos ha regalado magníficamente en estos tiempos y, por favor admirable de su liberalidad, ha levantado sobre la piedra apostólica poderoso lumínar, eligiendo del gremio de la Sacrosanta Iglesia Romana, á Carlos, Sacerdote fiel, siervo bueno, norma de la grey y modelo de los Pastores, para que contribuyera al esplendor de la Iglesia Universal con el variadísimo brillo de los otros Santos, y resplandeciera á la vista de sacerdotes y fieles como Abel por la inocencia, como Enoc por la pureza, como Jacob por el sufrimiento, como Moisés por la mansedumbre, como Elías por el celo; que en medio de las delicias imitara la austeridad de Jerónimo, y en los más elevados puestos la humildad de Martín; que se asemejara á Gregorio en la solicitud pastoral, á Ambrosio en la libertad de espíritu, á Paulino en la caridad; y, finalmente, que nos hiciera ver y palpar cómo un hombre á quien el mundo atrae con halagos seductores, sí puede vivir crucificado al mundo, viviendo la vida del espíritu, hollando las cosas terrenas, buscando de continuo las celestiales, y siendo como ángel no sólo por el oficio, sino emulando acá en la tierra con los mismos ángeles, ora en los pensamientos, ora en las palabras.» (2)

(1) Encicl. *E supremi*.

(2) Bula *Unigenitus*, 1610.

Así hablaba aquel Predecesor nuestro cinco lustros después de la muerte de Carlos. Y ahora, tres siglos después de la glorificación del Santo, aún podemos repetir lo que dijo nuestro Predecesor al decretarle los sagrados honores: «híñchense nuestros labios de gozo y prorrumpe en alabanzas nuestra lengua en el venturoso día de nuestra solemnidad... en la cual... recibe la Esposa única del Señor, una nueva corona adornada con toda suerte de piedras preciosas, ya que hemos conferido los honores sagrados á Carlos, Presbítero Cardenal de esta Santa Iglesia Romana, presidida hoy por Nós en virtud de disposición divina.» Confiamos también, como confiaba nuestro Predecesor, en que la contemplación de la gloria de los Santos, y aún más los ejemplos y enseñanzas que nos dejaron, serán parte á humillar la protervia de los impíos y á «confundir á quienes se glorían en los simulacros de los errores.» (1) La renovada glorificación de Carlos, quien sirve hoy de modelo á la grey y á los Pastores, y que fue restaurador de la disciplina eclesiástica y defensor infatigable de la misma contra los novadores que intentaban no el restablecimiento sino la deformación y extinción de la fe y de las costumbres, será esperanza y sostén de los católicos, á quienes estimulará asimismo á trabajar con empeño en la obra á que hemos dedicado nuestros esfuerzos: restaurar todas las cosas en Cristo.

No ignoráis, Venerables Hermanos, que la Iglesia aunque atribulada continuamente, jamás será desamparada de Dios ni privada de consuelo, porque *Cristo la amó... y se sacrificó por ella, para santificarla... y hacerla comparecer delante de El llena de gloria, sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante, sino siendo santa é inmaculada* (2). De

(1) Bula *Unigenitus*, 1610.

(2) Efes. v, 25 y siguientes.

aquí que cuando hay mayor desenfreno en la licencia de costumbres, cuando es más violento el ímpetu de las persecuciones, y cuando las más arteras insidias del error parece que la llevan á la ruina total, y le arrebatan de los brazos no pocos hijos para sumergirlos en la vorágine de la impiedad y de los vicios, entonces la Iglesia siente más eficazmente la protección divina. Quiéranlo ó no los impíos, Dios hace que el error mismo sirva al triunfo de la verdad, de la cual es la Iglesia protectora solícita; que la corrupción contribuya al incremento de la santidad, hija de la Iglesia y fruto de su doctrina; y se vale de las persecuciones *para librarnos de nuestros enemigos*. De suerte que cuando los profanos ven á la Iglesia combatida por tormentosas borrascas y casi á punto de naufragar, entonces aparece sobre las olas, más bella, más vigorosa, más pura, refulgiendo con los esplendores de altísimas virtudes.

La infinita bondad de Dios confirma, pues, con nuevos argumentos la divinidad de la Iglesia: ora sacándola triunfante en las pruebas más dolorosas provenientes de los errores y de las culpas que inficionan á sus propios miembros; ora mostrando el cumplimiento de la palabra de Cristo: *Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* (1); ora comprobando con los hechos la realización de esta promesa: *Estad ciertos que yo mismo permaneceré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos* (2); ora, en fin, dando testimonio de aquella virtud misteriosa que *el otro Consolador*, prometido por Cristo cuando llegó la hora de volver de este mundo al Padre, difunde en la Iglesia, y por medio de la cual la sostiene y consuela en las tribulaciones: *espíritu que permanece eternamente con la Iglesia; espíritu de verdad, á quien el mun-*

(1) Mat. xvi, 18.

(2) Mat. xxviii, 20.

do no puede recibir, porque no lo ve, ni le conoce, pero que morará con vosotros, y estará dentro de vosotros (1). Hé ahí la fuente de donde brotan la vida y la fuerza de la Iglesia; hé ahí el signo característico que la distingue de cualquier otra sociedad, y que es, al decir del Concilio Ecuménico Vaticano, «como bandera enhiesta sobre las naciones.» (2)

Sólo por un prodigio del poder divino se explica que no obstante la común licencia y principalmente la defeción de los miembros de la Iglesia, ésta, como cuerpo místico de Jesucristo, nunca se aparte de la santidad de su doctrina, de sus leyes y de su fin, sino que de las mismas causas derive no inferiores ganancias y ventajas, así como de la fe y de la justicia de muchos de sus hijos recoge opimos frutos de salvación. Echase de ver no menos claramente la señal que acusa la vida divina de la Iglesia, en que, á pesar de la abominable multitud de perversas opiniones, del crecido número de enemigos y de la avalancha de errores, ella persevera constante é inmutable, como *columna y fundamento de la verdad*, en la profesión de la misma fe, en la comunión de los mismos sacramentos, guardando la misma constitución, el mismo régimen y la misma moral. Y lo que es aún más digno de admiración, es que la Iglesia no sólo resiste al mal, sino que *vence al mal con el bien*, y no cesa de rogar por los amigos y por los enemigos, trabajando y afanándose por obtener la renovación cristiana de las sociedades y de los individuos. Tal es su misión sobre la tierra, misión cuyos beneficios sienten aun sus propios enemigos.

Tan admirable influjo de la Providencia divina en la obra de restauración promovida por la Iglesia, muéstrase muy á las claras en aquel siglo que vio nacer, para con-

(1) Juan. xiv, 16 y sig. xvi, 7 y sig.

(2) Conc. Vat. Ses. iii.—C. 3.

suelo de los buenos, á Carlos Borromeo. Entonces bajo el imperio de las pasiones, desvirtuado y casi por entero oscurecido el conocimiento de la verdad, era sin tregua la lucha con los errores, la sociedad corría precipitadamente á la perdición, de forma que parecía maquinarse su propio exterminio. Levantáronse hombres soberbios y rebeldes, *enemigos de la cruz de Cristo.... aferrados á las cosas terrenas....* hombres cuyo Dios es el vientre (1), quienes dándose á la tarea, no de corregir las costumbres sino de negar los dogmas, multiplicaron los desórdenes, abrieron amplio camino á la licencia, sustrajéronse á la dirección y autoridad de la Iglesia y sujetándose al capricho de los príncipes y pueblos más corrompidos, pidieron la destrucción de la doctrina, de la constitución y de la disciplina eclesiásticas. Luégo, imitando á los impíos, contra quienes va esta amenaza: *¡Ay de vosotros los que llamáis mal al bien y bien al mal* (2), apellidaron reforma á la revolución, á la pérdida de la fe y de las costumbres, y ellos mismos se intitularon reformadores de la antigua disciplina. A decir verdad, ellos no fueron sino los corruptores que, debilitando con guerras y disensiones las fuerzas de la Europa, previnieron y apresuraron las rebeliones y apostasías de los tiempos modernos, rebeliones y apostasías que condensan en un solo y violento ataque, aquellos tres géneros de persecución sufridos antes separadamente por la Iglesia y de los cuales salió siempre victoriosa, á saber: las cruentas guerras de los primeros siglos, las sediciones fomentadas por los errores, y luégo, so pretexto de recobrar la libertad evangélica, la corrupción de costumbres y la perversión de la disciplina, en grado tal vez no visto ni aun en la Edad Media.

(1) Filip. iii, 18, 19.

(2) Isai., v, 20.

A esta turbamulta de engañadores opuso Dios verdaderos reformadores, hombres santos, así para contener la impetuosa corriente del mal y aplacar la criminal efervescencia, como para reparar los estragos causados. No es maravilla, pues, que la múltiple y constante actividad con que ellos trabajaron en el restablecimiento de la disciplina fuera tanto más consoladora para la Iglesia, cuanto era más gravemente atribulada, cumpliéndose así aquella sentencia: *Fiel es Dios que... de la misma tentación os hará sacar provecho*. (1) En circunstancias tan aciagas, quiso Dios que el celo y la santidad de Carlos Borromeo aumentaran el consuelo de la Iglesia cuyo ministerio, por acuerdo divino, tuvo fuerza y eficacia suficientes no sólo para abatir la audacia de los facciosos, sino para instruir y enfervorizar á los hijos de la Iglesia. Reprimía la insolencia insana de los primeros y refutaba las fútiles acusaciones forjadas por ellos, valiéndose de la más poderosa de las elocuencias, á saber: la del ejemplo de su vida y de sus obras; y al propio tiempo sostenía la esperanza y alimentaba el celo de los segundos. Maravilla, ciertamente, cómo Carlos acertó á juntar en sí desde la juventud aquellas dotes de verdadero reformador que nunca se reúnen en un solo individuo, sino que se hallan como repartidas entre muchos: virtud, consejo, doctrina, autoridad, poder. Y todas estas cualidades las puso al servicio de la misión que la Iglesia le había confiado de defender la verdad católica contra la invasión de la herejía. Hizo revivir la fe casi muerta y extinguida en muchas almas, protegióla con leyes y reglas pródigas, restituyó al primitivo vigor la disciplina relajada, y corrigió con entereza las costumbres del clero y del pueblo, ajustándolas al tenor de la vida cristiana. Y mien-

(1) I Corint. x, 13.

tras cumplió todos los deberes de reformador, desempeñó con no menor fidelidad los oficios de *siervo bueno y fiel*, después los del sacerdote magno, *que en sus días agradó al Señor y fue hallado justo*, digno por tanto de servir de ejemplo á toda clase de personas, eclesiásticas ó seglares, ricas ó pobres. La grandeza de Carlos compendíase en la perfecta alabanza que mereció como Obispo y Prelado, pues obedeció fielmente el consejo del Apóstol San Pedro: *fue verdaderamente dechado de la grey* (1). Ni es para admirar menos el hecho de que Carlos elevado á los más altos honores y ocupado en importantes y difícilísimos negocios eclesiásticos, antes de cumplir veintitrés años, progresara diariamente en el ejercicio de la virtud, y mediante la contemplación de las cosas divinas á las cuales vacaba en el retiro para renovar su espíritu, sirviera de *espectáculo al mundo, á los ángeles y á los hombres* (2). Entonces empezó el Señor, dice nuestro mencionado Predecesor Paulo V, á mostrar *sus maravillas* en Carlos, en quien de veras hallamos sabiduría, justicia, celo ardentísimo por la gloria de Dios y del nombre católico, y especialmente solícito cuidado por restaurar la Fe y la Iglesia universal, obra tomada muy á pechos por el Santo Concilio de Trento. Cuál fue la labor de Carlos en relación con el citado Concilio, dicenlo bien los elogios que el mismo Pontífice y la posteridad le tributaron como al cooperador más fiel y al más fuerte defensor de la obra del Concilio, obra en cuyo cumplimiento entraron por mucho las vigiliias, angustias y numerosos trabajos de Carlos.

Sin embargo, todo esto no fue para él sino una como preparación ó tiempo de noviciado que aprovechó para

(1) I Pedro, v, 3.

(2) I Corint. iv, 9.

formar el corazón en la piedad, para ilustrar la mente con el estudio y fortalecer el cuerpo con el trabajo; fue siempre modesto, sintió bajamente de sí propio, considerándose como arcilla en las manos de Dios y del Vicario de Cristo en la tierra. Tal género de vida era despreciado entonces por los fautores de novedades, y con la misma insensatez con que ahora lo desprecian los modernos, porque aquéllos no supieron y éstos no entienden cómo las obras maravillosas de Dios se preparan en el retiro y en el silencio del alma que vive de obediencia y oración, ni por qué semejantes ejercicios entrañan el verdadero progreso, así como las semillas, el fruto de abundante cosecha.

Ciertamente la santidad y celo de Carlos que empujaban con tan feliz auspicio crecieron y produjeron ubérrimos frutos cuando, como hemos dicho, «abandonada la esplendor y majestad de Roma, se retiró el obrero «vangélico al campo que debía cultivar (Milán); y ejercitando con creciente perfección su ministerio, transformó aquella tierra azotada por los males del siglo, de inculta y enzarzada que era, en Diócesis modelo de disciplina eclesiástica.» (1) Tan numerosos y excelentes frutos logró Carlos, ajustando su labor restauradora á las normas propuestas poco antes por el Concilio de Trento.

Ahora bien, como la Iglesia sabe perfectamente que los sentidos y pensamientos del corazón humano están inclinados al mal (2), nunca cesa de combatir contra los vicios y errores para que sea destruido en nosotros el cuerpo del pecado, y ya no sirvamos más al pecado. (3) Y en este combate, como maestro de sí mismo, y guiado por la gracia que el Espíritu Santo difunde en nuestros corazones, confórmase en

(1) Bula *Unigenitus*.

(2) Genes. viii, 21.

(3) Rom. vi, 6.

sus pensamientos y acciones con el mandato del Apóstol de las gentes: *Renovaos en el espíritu de vuestra mente.* (1) *No queráis conformaros con este siglo, antes bien transformados con la renovación de vuestro espíritu; á fin de acertar qué es lo bueno, y lo más agradable, y lo perfecto que Dios quiere de vosotros.* (2) El hijo de la Iglesia, el reformador no fingido, jamás cree haber llegado á este término, sino que á ejemplo de San Pablo, anhela de continuo por alcanzarlo, olvidando las cosas de atrás, y atendiendo sólo y mirando á las de delante, corriendo hacia el blanco, para ganar el premio á que Dios llama desde lo alto por Jesucristo. (3)

De aquí proviene el que, unidos con Cristo en la Iglesia, en todo vayamos creciendo en Cristo, que es nuestra cabeza, y de quien todo el Cuerpo místico de los fieles..... recibe..... el aumento propio del cuerpo para su perfección mediante la caridad (4); y el que la Madre Iglesia se confirme cada día más en aquel misterio de la voluntad divina; restaurar, cumplidos los tiempos prescritos, todas las cosas en Cristo. (5)

Los reformadores á quienes resistió Borromeo, nada de esto intentaron cuando pretendieron reformar á su capricho la fe y la disciplina; y ahora no van menos errados los modernos, contra quienes hemos de luchar valerosamente, Venerables Hermanos, porque tales enemigos se esfuerzan en destruir la doctrina, las leyes y las instituciones de la Iglesia. Hablan siempre de civilización y cultura, no porque en ello tengan interés, sino para encubrir más fácilmente con tales nombres, la depravación de sus intentos. Ninguno de vosotros ignora en dónde han puesto ellos la mira, qué tramas urden y qué camino aparentan

(1) Efes. iv, 23.

(2) Rom. xii, 2.

(3) Filip. iii, 13, 14.

(4) Efes. iv, 15, 16.

(5) Efes. i, 9, 10.

seguir, pues sus designios fueron ya denunciados y condenados por Nós. Pretenden llevar al cabo la apostasía universal de la fe y disciplina de la Iglesia; apostasía mucho peor que aquella que puso en grave riesgo el siglo de Carlos, pues ésta se infiltra y circula más insidiosa y ocultamente, como si dijéramos en las venas mismas de la Iglesia, y con artificiosa sutileza infiere conclusiones extremas de principios erróneos.

Una misma es la causa de ambas pestes: *el hombre enemigo*, que anda en asecho para perder á los hombres, *sembró cizaña en medio del trigo* (1): vense, pues, aquí, el mismo oculto y tenebroso proyecto, el mismo proceder, el mismo fin. Así como la vieja apostasía, siguiendo siempre el viento de la fortuna, excitaba el mutuo odio entre los poderosos y el pueblo para escarnecerlos y arruinarlos á todos, así la moderna apostasía enciende el fuego de la envidia entre ricos y pobres para que, disgustados de la propia suerte, arrastren vida miserable y sufran el castigo impuesto á quienes viven apegados á las cosas terrenas y caducas y no buscan *el reino de Dios y su justicia*. Y lo que es peor todavía es que si los turbulentos novadores de antaño retenían algo del tesoro de la revelación, parece que los modernos no quieren darse vagar hasta verlo desaparecer por completo. Y destruido el fundamento religioso, no puede subsistir la sociedad civil. Espectáculo verdaderamente triste en lo presente, aterrador para lo por venir; no porque temamos por la incolumidad de la Iglesia, cuya conservación ponen fuera de duda las promesas divinas, sino por los peligros que amenazan á la familia y á las naciones, señaladamente á las que fomentan con ahinco, ó toleran con sobrada indiferencia la pestífera propaganda de la impiedad.

(1) Mat. XIII, 25.

(Conchirá)

MI NUEVO COADJUTOR

Sucesos de la vida de un anciano párroco irlandés

NOVELA ESCRITA POR PATRICIO HEEHAN

(Continuación)

Quedóse pensativo y desanimado. Consideréme en el caso de ampliar la explicación:

—Un cerebro bien nutrido de ideas nunca siente escasez de palabras para expresarse. Lea, lea, lea; pero lea, ante todo, las Sagradas Escrituras. Cuando deje el Breviario, que sea para tomar la Biblia. Impréguese de su lenguaje y de su espíritu. Las mejores producciones de nuestra literatura moderna, casi son paráfrasis de los Libros Sagrados. Forje frases con las frases de esas obras santas. Toda la prosperidad temporal de Inglaterra emana del buen uso de la Biblia; todas sus miserias y desnudeces espirituales se derivan del abuso de la Sagrada Escritura. La han convertido en un fetiche, y ahora los comentaristas demuestran, mejor dicho, intentan demostrar, que se trata de un ídolo de cartón y de cera: sencillamente de la literatura de una raza oscura y siempre esclavizada. Pero, aun como literatura, ha ejercido enorme influencia en el desarrollo de la vitalidad que caracteriza á los anglosajones. Ahora van abandonando la Biblia y la observancia dominical. Por eso se les ve descender rápidamente. Muchas veces he pensado en que tendríamos piedad más robusta, respeto más profundo y devoción más tierna, si usásemos con mayor amplitud y frecuencia de las Sagradas Escrituras. A nuestros fieles les agradan los Libros Santos. Un texto les quedará obstinadamente en la memoria — como queda la impresión de un perfume, — aun cuando se olviden de la totalidad del sermón. Permitame que hable de mí. Hace cuarenta años practiqué ejercicios. Ni aun

siquiera recuerdo el nombre del Padre Jesuita que actuó de predicador; en cambio, tengo muy presentes los textos que citó, por cierto selectísimos: «He visto algo vergonzoso en la tierra: un esclavo caminando á caballo, mientras los reyes iban á pie por el fango.» — «Habéis tomado mi oro y mi plata y lo habéis convertido en ídolos.» — «Si soy un padre, ¿dónde está el respeto que me debéis? si soy un dueño, ¿dónde está el temor que debo inspiraros?»

Cien veces he meditado sobre estos temas, y me he servido de ellos para más de un sermón. Además, nuestra raza es esencialmente poética, y, aun cuando la educación moderna va matando la poesía, todavía existe sensibilidad bastante para apreciar los encantos de la belleza de expresión. Y luego, nuestro lenguaje, según sabemos, posee un caudal de aforismos amargos y lacerantes, pero á veces, impregnados de ese espíritu pintoresco, propio de un pueblo cuyos abuelos vivieron bajo las tiendas del campamento. Que les ofrezcan algunos de los proverbios de Salomón, y los saborearán, como el buey rumia el heno verde. En fin, renuncio á seguir hablando, porque esto va á ser el cuento de nunca acabar.

—Señor rector, ¿y qué me dice del sarcasmo? Las alusiones de usted hacia el sarcasmo gaélico me dan mucho que pensar. He oído afirmar con frecuencia que la raza irlandesa teme al sarcasmo más que á todo.

—Celebro que me lo recuerde usted. Puedo hablar de esto, porque he pasado por ser maestro en esa ciencia. Tenía yo lengua mordaz. ¡Dios sabe cuánto lo deploro! He usado y abusado de la mordacidad en conferencias, reuniones, etc., realizando muchas *bêtises*, como dicen los franceses. No me avergüenza el recuerdo de las inocentes necedades en que incurrí. Pero me abochorno y siento remordimientos al pensar en las palabras amargas y mortificantes que pronuncié, y en lo que hice para molestar ó

zaherir. Hé aquí una de las ventajas de escribir diariamente las memorias de la vida que vivimos. Así, necesariamente, practicamos un verdadero examen de conciencia. ... Recuerdo que cierta vez, en un pueblo de la misión, un individuo muy tacaño echó un florín en la bandeja. Debíó haber echado medio escudo. Se lo hice notar. Lo negó. Era ya la segunda ó tercera vez que incurría en la misma mezquindad. Creí que había llegado el momento oportuno de sentarle la mano. Guardé silencio hasta el instante en que todos iban á marcharse. Entonces anuncié que me proponía referir un cuentecillo. Se trataba de tres hombres, á cual más cicatero. El primero era un patrono americano tan exigente con sus obreros que, al producirse una explosión en la fábrica, descontó, al hacer entrega de los jornales, á las viudas de los que perecieron en la catástrofe, una cantidad por el tiempo que las víctimas perdieron al subir por los aires.—El auditorio sonrió al oírme.—El segundo era un irlandés, que estaba dispuesto á robar hasta los céntimos en los ojos de los cadáveres. (1) —El auditorio rompió á reír.—El tercero, el más mezquino de los tres, no hay que ir muy lejos para encontrarlo. El tiro dio en el blanco, y el interesado y su familia quedaron avergonzadísimos. El pobre hombre jamás concurrió á feria ó mercado donde no le echasen en cara su tacañería, y hasta sus inocentes hijuelos tuvieron que sufrir bromas pesadísimas en la escuela. Jamás puedo acordarme de ello sin avergonzarme.

¿Quién ha escrito estos versos?

El que aspira á imponerse por el miedo

Se produce y produce daño y pena;

¡Cuán profundo es su error! ¡Cuánto se engaña!

Escuchad lo que dice ese poema....

(1) Es costumbre antigua en Irlanda, poner pequeñas monedas en los ojos de los muertos.

—No estoy muy seguro; pero creo que son de Ten-nyson.

—A Dios gracias, nuestro pueblo no nos teme: nos quiere. Si así fuera, desesperaría de que en lo futuro Irlanda continuase firme en sus creencias.

—Señor rector, también me ha dicho: «No predique usted cual si lo hiciera en persona; predique siempre en nombre de Nuestro Señor.»

—¿No está usted cansado de oírme?

—¡De ningún modo! ¡Está usted hablando sapientísimamente!

Esta observación me hizo pensar en que semejante modo de hablar no debía ser, en mí, cosa corriente. Bueno; pero ¿qué más da?

—Procuraré explicarle esa máxima. Abra usted esta Biblia. Busque la profecía de Ezequiel: ese sermón lúgubre, fulgurante, atronador, sísmico y magnético. Llegue al capítulo trigésimo tercero; lea desde el versículo trigésimo.

Leyó así:

«En cuanto á vosotros, hijos del hombre, los hijos de vuestro pueblo que hablan de vosotros, recostados en los muros y en las puertas de sus casas, ocupados en no hacer nada, se dicen unos á otros: «Vamos á oír cuál es la palabra que sale hoy de los labios del Señor.» Y acuden á vosotros en tropel, y se congregan ante vosotros, y escuchan vuestras palabras, pero de nada les aprovechan; porque en vez de recibir las con respeto, las truecan en canciones que ruedan de boca en boca, mientras los corazones permanecen sordos é insensibles. Vuestras palabras son para ellos como coplas cantadas dulce y gratamente; y por eso oyen con gusto vuestras palabras, pero sin atender á lo que les recomendáis en ellas. Pero cuando todo lo que habéis anunciado se cumpla, como está muy

próximo á cumplirse, entonces se darán cuenta de que hubo entre ellos un profeta, que les anunció la verdad.»

—Perfectamente. Ahora dígame: ¿Cuál es la ambición más grande de casi todos los predicadores? Que se hable de ellos, «junto á los muros y en las puertas de las casas,» y que, cuando llegue el momento del juicio, «comprendan todos que hubo entre ellos un profeta.»

—¿Pero eso no es olvidarse bastante de sí mismo en la sagrada cátedra?

—No, mi querido hijo, no. En ninguna parte estamos tan aferrados al Yo. Jamás somos tan susceptibles como en las ceremonias; jamás experimentamos tanta vanidad como en el púlpito. Así se explica la esterilidad de nuestro ministerio. Los torrentes impetuosos pasan sobre la tierra arrasándola, no fertilizándola.

—En tercer término me aconsejó: «Viva usted los sermones que predique.» ¡La cosa no resulta muy fácil!

—No, por cierto; es la más difícil de las tres. Y, sin embargo, nuestras predicaciones serán infecundas si no las confirmamos con los ejemplos de nuestra vida. Una sencillísima plática pronunciada por un sacerdote muy virtuoso, aun cuando esté plagada de titubeos, de incorrecciones y de faltas, causará siempre mayor efecto que el más sabio y elocuente de los discursos de un sacerdote mundano. No conozco nada más significativo en la historia humana que este suceso, narrado en la vida del Padre Lacordaire. Hallábase en el apogeo de la gloria, y, sin embargo, el público que acudía á oírle, en Tolosa, era escaso. En cambio, miles y miles de personas de todas clases, industriales, jurisconsultos, políticos, militares, catedráticos, etc., se congregaban en la reducida iglesia de Ars, aldehuela perdida en los campos. ¿Quién los atraía? Un pobre párroco rural, iletrado, sin gestos oratorios, sin cultura, pero... ¡santo! Y no conozco nada tan conmovedor ni tan

hermoso en la historia de los hombres, como el espectáculo del insigne orador, acudiendo á la iglesia rural, arrodillándose para recibir la bendición del Padre Vianney, y escuchando, como un niño, la explicación vespertina del catecismo hecha por el Santo de Ars con voz temblona y seguramente titubeando mucho para encontrar palabras.

Tuve que detenerme; los episodios de la vida de los santos me conmueven; se me anuda la garganta y no puedo reprimir la emoción. Soy un viejo imbécil. Nunca puedo leer el Oficio de Santa Agueda sin llorar, y la historia de Santa Perpetua con su hijito me parte el corazón.

Al día siguiente, por la noche, celebrámos una detenida conferencia para tratar del tema del sermón. Mi coadjutor quería predicar acerca del *Magnificat*. Me opuse resueltamente y lo detuve con un *no* seco.

—El pobre Padre Duff estará allí, y usted parecería un gallo vencedor que canta sobre su adversario vencido.

—Pero Duff y yo somos muy buenos amigos.

—No importa. Supongo que ese señor tendrá sangre y nervios como los demás mortales. Elija usted otro asunto.

—Bueno; el *Avemaría*; acaso el *Tu gloria Jerusalem, tu latitia Israel*, etc.

—Perfectamente.

—O el lugar de la Virgen María en las Sagradas Escrituras.

—Perfectísimamente.

—¡Bueno! —añadió sacando su cuaderno de notas.— ¿Cuánto debe durar el sermón?

—Cuarenta y cinco minutos justos.

—¿Debo escribirlo enteramente desde el principio hasta el fin?

—Enteramente.

—¿Cuántas cuartillas debo llenar? Y lo más...

—Cuarenta. Las treinta primeras habrán de constituir la exposición; las diez últimas formarán la peroración, en la cual hay que poner todo lo patético, todo el amor, todo el fuego y todo el entusiasmo que sea usted capaz de sentir.

—Muy bien. Un millón de gracias, Padre Dan. Estaré muy nervioso.

—Tranquilícese. Eso se pasa pronto.

Yo me dije interiormente: Otros disgustos mayores te esperan, amigo mío. Pero ¿para qué te los he de anunciar?... Las desgracias peores son las que nunca llegan. ¿De qué sirve darle consejos contra las tifoideas al que está rabiando con un dolor de muelas?...

Fui á visitar á mi santita.

La hallé muy satisfecha, satisfechísima.

—Ay, Papá Dan, temo que esta alegría me dure poco.

—¿No quieres irte inmediatamente al cielo y dejarnos á todos desolados, ¿verdad?

—No, Papá Dan. Pero el señor Ormsby, que dice que yo lo he convertido al catolicismo, habla de traer un gran médico de Dublín, para curarme. ¡Y yo no quiero que me curen!

—Si tal es la voluntad de Dios, hija mía, todos nos daríamos por muy satisfechos. Pero mucho me temo que sólo Dios, que te ha dado esta enfermedad, pueda curártela.

—Gracias, gracias, Papá Dan, por sus bondades. Seguramente usted sabe más que todos los doctores, y, seguramente, si Dios quisiese mi curación, usted la habría conseguido de Dios hace muchísimo tiempo.

—Hija mía, no participo de tus seguridades. ¿Quién es ese gran doctor?

—Un médico que sirvió en la Marina, como mi po-

bre padre, y que ha visto en la India muchas enfermedades raras, y que conoce muchos remedios.

—Bueno, hija mía; debemos acudir á todos los remedios naturales, y, si todos resultan ineficaces, entonces te entregaremos en manos del Gran Médico.

—Eso es lo que yo preferiría, Papá Dan.

—Hay que rezar por el Padre Letheby. Va á predicar un sermón muy importante.

—¿Sobre qué?

—Sobre la Santísima Virgen.

—¡Cuánto me gustaría oírlo! Las niñas dicen que predica admirablemente, y creen que el señor vicario ve á la Santísima Virgen, cuando habla de Ella. No me extrañaría.

—Yo pienso que el Padre Letheby también tendrá sus cruces, como tú las tienes, hija mía. . . No, no hablo de enfermedades; me refiero á cruces de otro género.

—¡Pues yo lo sentiría muchísimo!— exclamó Alicia, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Vaya! Por lo visto quieres el cielo para ti solita. ¡Qué santa más egoísta!

—Yo no soy santa, Papá Dan; pero el señor vicario, sí, es santo; ¿por qué entonces ha de sufrir castigo?

—Eso mismo pregunto yo, ¿por qué? . . Sin duda ha de ser para dar la razón á este verso de Dante que dice, de un alma en el paraíso:

*E dal martirio venni a questa pace.
(Y por la senda del martirio vine á esta paz).*

(Continuara)

α MISCELANEA α

El Illmo. y Rdmo. Señor Arzobispo—El 15 del pasado mes regresó á esta capital el Illmo. Señor Herrera, acompañado del señor Presbítero Doctor D. Carlos Cortés Lee y de los M. RR. PP. Galdos y Toledo, S. J.

Sociedad de Sufragios del Clero—El 16 del pasado Septiembre murió el señor Presbítero D. D. Francisco de P. Higuera, cura de Anolaima. Los sacerdotes de la Sociedad de Sufragios del Clero deben aplicar el Santo Sacrificio por el alma del Sr. Dr. Higuera.

Lo que debe saber el niño—Tal es el título de una obra cuyo autor es Silvano Stall. Semejante al anterior es el título de otra, publicada por María Wood-Allen: *Lo que debe saber la niña*. De estos dos libros, dice un Emmo. Cardenal de la Santa Iglesia Romana, lo siguiente: "La Sagrada Congregación del Índice se ha servido comunicarme, en nombre del Padre Santo, que de ninguna manera conviene que se eduque y forme la niñez al tenor de las reglas consignadas en los referidos libros, los cuales deben ser retirados de manos de los fieles." De modo que, si bien es verdad que la primera de las mencionadas obras corre publicada con aprobación eclesiástica, dada sin duda por inadvertencia, lo cierto es que ambos libros son malos, como lo son asimismo otros libros que los nombrados autores han escrito para los jóvenes.

α EXTRANJERO α

Otro sacerdote premiado—A la ya larga lista de sacerdotes premiados por sus obras científicas ó literarias, hay que añadir el nombre del canónigo H. Coste, párroco de aldea de Saint-Paul-des-Fronts, á quien el Instituto de Francia ha otorgado en premio 900 francos destinados á recompensar el mejor trabajo sobre botánica, por su obra titulada *Flora descriptiva é ilustrada de Francia*.

Esta es otra nueva prueba de la ignorancia del clero de que tanto hablan los cleróforos.

Treinta mil volúmenes destruidos—En Viena, y á instancias de algunos buenos católicos, han sido recogidos de las librerías, por orden judicial, 30,000 volúmenes de obras porográficas para ser destruidos por el fuego.

Las escuelas católicas en la diócesis de Nueva York—Según la última Memoria anual de los Inspectores de primera enseñanza de la diócesis de Nueva York, existen allí 150 escuelas católicas, cuyo número supera en 12 al del censo anterior, y á las cuales asisten 74,120 niños de ambos sexos, ó sean 4,118 más que el año pasado.

El valor de los inmuebles ocupados por dichas escuelas asciende á 50 millones de francos, y su sostenimiento anual á 3 millones.

Esto demuestra palpablemente el grado de prosperidad en que se encuentra la enseñanza católica en la gran república norteamericana.

La neutralidad escolar—Un maestro laico de Francia acaba de crear un premio de nueva especie.

Habiéndose abstenido uno de sus alumnos de ir á comulgar, como sus compañeros, durante el tiempo pascual, el citado maestro le otorgó el premio de *ateísmo*.

Así entienden los profesores laicos la tan decantada neutralidad escolar.

Consecuencias de la educación laica—El niño Roberto Bertón, de doce años de edad y de precoz inteligencia, é hijo de unos taberneros de un pueblo de la diócesis de Cambrai, donde asistía á la escuela laica, después de haber sufrido una severa reprimenda de su padre por haberse roto el pantalón, se marchó á su habitación y se ahorcó con una cuerda atada á una puerta; allí lo encontró la madre cuando subió á consolarle por la reprimenda paterna.

Esta es una de tantas pruebas de lo que puede esperarse de la educación sin Dios.

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTA

Año V—Vol. V { Octubre 15 de 1910 } Núm. 19

EL ARZOBISPO DE BOGOTA

PRIMADO DE COLOMBIA

Al Clero y á los fieles.

Un motivo especial nos impulsa hoy á dirigirnos á vosotros, carísimos hermanos en Nuestro Señor Jesucristo. Queremos expresar públicamente nuestro agradecimiento por las espléndidas manifestaciones de adhesión que hemos recibido de casi todos los ámbitos de la República, con ocasión de ciertos sucesos que no queremos mencionar, pero que son harto conocidos.

Los últimos tiempos han traído consigo no pocas amarguras para la Patria y aún más para la Iglesia. Es un hecho que se presta á serias reflexiones el que, no bien se presenta la ocasión, y sobre todo, cuando las contiendas políticas se enardecen, luégo se comienza á atacar de una manera implacable á la Iglesia, á su doctrina, á sus ministros, señaladamente por medio de la prensa, tan pronto como ésta disfruta de absoluta libertad y no se la somete á las sanciones legales. En esta campaña son muchos los que toman parte: estos, con un si-